

La Iglesia de Juan Pablo

Vigesimosexto domingo del Tiempo Ordinario
1 de octubre de 1978

Ezequiel 18, 25-28

Filipenses 2, 1-11

Mateo 21, 28-32

Vamos a titular esta homilía *La Iglesia de Juan Pablo*¹, y les invito a que hagamos, de nuestra reflexión evangélica esta mañana, un homenaje de fe, de agradecimiento, de cariño, de recuerdo a esa figura que en poco más de un mes se ganó el corazón del mundo. Allá en el Vaticano, su cadáver inerte es objeto de veneración de los fieles que peregrinan ante ese catafalco venerado. En espíritu, nosotros asistimos, acompañamos ese desfile de dolor de una Iglesia viuda, huérfana, pero que, como la Virgen María en las horas de la muerte y de la sepultura de su Hijo, abriga una esperanza cierta de resurrección. Sabemos que aun junto al cadáver de un Papa, la palabra de Cristo es certera: “Tú eres piedra”. Y aunque como hombre mortal mueren ya doscientos sesenta y dos pontífices —parece mentira— las puertas de la muerte no prevalecerán.

El miércoles, los cardenales que hayan llegado a Roma van a celebrar el funeral del Papa y, diez días después, se reunirán en el cónclave para elegir un nuevo sucesor de San Pedro. La oración nuestra, pues, junto al Papa muerto es por su eterno descanso, porque como hombre él también ha sido juzgado por

Mt 16, 18

¹ El papa Juan Pablo I falleció el 28 de septiembre de 1978.

Dios y la justicia de Dios es imparcial, trátese de Papa, de reyes o de humildes cristianos. Y al pueblo de Dios le toca implorar la misericordia del Señor porque nadie se salva por sus méritos —lo hemos aprendido aquí en San Pablo—, sino porque apoya su humildad en la misericordia infinita y en los infinitos méritos de nuestro Señor Jesucristo.

Quiero agradecer las numerosas manifestaciones de solidaridad que se han recibido en el arzobispado o se han publicado en los periódicos. Ojalá que todo este gesto de condolencia sea un llamamiento para que vivamos la sinceridad de una Iglesia que se asomó en la figura de Juan Pablo con todo lo que ella es: fe, sinceridad, sencillez, amor, etcétera.

Quién iba a decir hace cinco domingos, cuando presentábamos aquí en la catedral, por una de esas circunstancias que sólo Dios prevé en su eternidad, el Evangelio de San Mateo en el diálogo con el primer Papa: “Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia”; y al comentar el Evangelio como de costumbre, le decíamos que la Arquidiócesis de San Salvador ofrecía, al nuevo papa Juan Pablo I, una comunidad viva; y describíamos —en ese marco de la alegría del nuevo Papa como a una sonrisa amplia, abierta al mundo— nuestras esperanzas, nuestras angustias, nuestras tribulaciones, la historia concreta de nuestra semana. Quién iba a decir —repito— que hoy le podemos decir también al Papa muerto, que recogió aquel ofertorio de nuestra arquidiócesis, que nuestra arquidiócesis sigue fiel su camino y que, aunque él ya llegó a la meta de esta peregrinación que todos vamos caminando, nosotros seguiremos, trataremos de ser fieles a esa Iglesia que él nos iluminó.

Se me ocurrió decirles en la noticia, en el amanecer del 29 de septiembre, que así como encontraron la lámpara de su dormitorio encendida, así ha dejado Juan Pablo en la Iglesia la luz encendida. Aunque no hubiera dicho otra cosa que en su programa de enseñanza se iba a referir siempre al Concilio Vaticano II tratando de imitar a sus antecesores, eso solo bastaría para que este Juan Pablo que se asomó a la historia de la Iglesia sólo a decirnos: “Sigan por allí; las luces encendidas del Vaticano II, del magisterio actual de la Iglesia, son el auténtico caminar de los cristianos”. Y aunque muchos han querido manipular sus expresiones tratando de llevarlas a sus propias comodidades, podemos decir que con imparcialidad hemos visto la actitud, el mi-

nisterio, el magisterio de Juan Pablo y no tenemos nada de qué arrepentirnos, sino de seguir caminando por esa luminosidad por la que tratamos de ir. La luz del magisterio de la Iglesia, encendida como la lámpara que dejó Juan Pablo: el Vaticano II, las encíclicas, las enseñanzas, las actitudes de la Iglesia actual.

Vida de la Iglesia

¿Cuál es nuestra historia, Santo Padre, que la Iglesia de la arquidiócesis enlutecida te puede ofrecer esta semana? Unas comunidades alegres, trabajadoras, pastorales, como la que tuve la dicha de visitar el domingo pasado en Aguilares, cuando celebraban el primer aniversario de su clínica con tres médicos y un equipo de colaboración. El padre Octavio Cruz y las religiosas del Sagrado Corazón han sabido hermanar la mano que socorre y la mano necesitada de tantos campesinos enfermos y pobres.

Es la comunidad fervorosa de Comasagua, donde un equipo de catequistas se reunió conmigo el martes pasado para estudiar junto con el párroco, el padre Chalo, las problemáticas pastorales que, con sinceridad, tratan de servir los agentes de pastoral y, con hipocresía, tratan de amedrentar los que no buscan fines pastorales y nos están espantando nuestras comunidades.

Le ofrecemos también, Santo Padre, junto a su alma, la comunidad de Guazapa; allí precisamente, el día de San Miguel, celebrando con las hermanas carmelitas de San José y con los sacerdotes de la vicaría la fiesta de San Miguel Arcángel, les dije: “No voy a tomar de los libros las palabras que les quiero decir, sino del hecho doloroso que acaba de anunciar la radio: ha muerto el Papa”. Y trasladábamos la figura de San Miguel, patrono de la Iglesia, al ministerio de la Iglesia y del Papa. Como sacerdote, el arcángel y el Papa y la Iglesia entera ofrecen a Dios los homenajes del pueblo en forma de un incensario —dice la Biblia— donde cada fiel pone sus granitos de incienso, sus propias obras para ofrecerlas a Dios. El sentido profético por el cual San Miguel arcángel y el Papa son el ángel que cuida la doctrina verdadera en la Iglesia; frente a tantas campañas de mentira, él nos defiende en las luchas contra el mal, contra la mentira y el engaño. Y un sentido también de pastor, que así como los arcángeles de Dios condujeron tantas veces los caminos de los hombres y los pueblos, el Papa ha conducido también la historia de la Iglesia.

Ap 8, 3

Es la comunidad de Nejapa, que celebró al día siguiente la fiesta de su patrón San Jerónimo.

Es la comunidad de la vicaría del departamento de la Libertad, donde ayer, reunidos en Santa Tecla, estudiábamos la carta pastoral que enfoca problemas nuevos, con un interés y una profundidad de preguntas que de veras hace sentir cómo el Espíritu Santo nos va conduciendo en nuestras comunidades de la arquidiócesis.

Es también —con cariño quiero decirlo, Santo Padre,— la comunidad de mi pueblo natal, Ciudad Barrios, donde como hijo del pueblo, unido a mi pueblo, quisimos tributar homenaje al señor obispo de la diócesis, monseñor Rivera, en el veinticinco aniversario de su ordenación sacerdotal.

Es la comunidad de Plan del Pino, donde esta mañana las carmelitas misioneras que nos ayudan pastoralmente en la Policlínica, en la Laguna de Chalatenango y en Plan del Pino, han preparado una comunidad juvenil para que esta mañana reciba su pentecostés: la venida del Espíritu Santo, al celebrar ellas, el viernes de esta semana, veinticinco años de haber venido a El Salvador.

Es también la vida religiosa de nuestra arquidiócesis: los redentoristas que cumplieron cincuenta años de trabajos misioneros; las Hermanas de la Caridad que, desde su Escuela Walter Deininger, prepararon también una juventud para la confirmación. Las hermanas religiosas belgas de San Nicolás, que en Cojutepeque ofrecían el martes de esta semana un precioso ofertorio: dos campesinas jóvenes que profesaron la vida religiosa de San Nicolás. Las hermanas belgas trabajan también, pues, en la promoción vocacional.

Son las Oblatas al Divino Amor, que celebraron esta semana el décimo aniversario de la Escuela Catalina Dimaggio que está haciendo tanto bien allí por la colonia La Luz.

Es la esperanza de las comunidades franciscanas de La Inmaculada, que nos han ofrecido —y muy pronto fundarán— una comunidad de carácter parroquial en nuestra arquidiócesis.

Son las religiosas del Sagrado Corazón, atacadas por el egoísmo de quienes no quieren que se mueva nada en sus intereses mezquinos, quienes reciben una defensa valiente del cuerpo docente de su colegio para decir, a los calumniadores, que ya saben la treta: por este tiempo cuando comienzan las calificacio-

nes, comienzan también las difamaciones de los colegios de prestigio, con fines aviesos, y que ellos son testigos de lo que se enseña en el Sagrado Corazón. No es marxismo ni es una crítica malsana al himno nacional; es el fomento del sentido crítico del que se educa, para saber juzgar la historia y saber ser autónomo en su vida, para no ser un número más de la masa que a los intereses mezquinos interesa tener así, para que no se promueva ni critique.

Es nuestra comunidad en sus actividades diocesanas. Con qué gusto asistí a una mesa redonda de la Universidad José Simón Cañas, para dialogar —según mi invitación— sobre la carta pastoral. Era interesante aquel ambiente de cultura, de ciencia, también de campesinos, dialogando sobre un tema de mucha actualidad y que puede ser muy mal interpretado si no se ilumina —a pesar de los riesgos de ser mal interpretado— desde la luz del Evangelio.

Es también la actividad que me llena de mucho consuelo, del Centro Ana Guerra de Jesús, donde señoras y señores de los mercados han participado en un curso de nivel centroamericano y siguen trabajando una obra maravillosa de promoción, principalmente de la mujer.

Es el trabajo de los colegios y escuelas católicas, que ya se está recogiendo en bonitas ceremonias de clausura para ofrecer a Dios el trabajo educativo de la Iglesia.

Es, Santo Padre —y te ponemos por intercesor, ya que estás en el cielo—, el triduo de oraciones por Nicaragua, que se realizó aquí en la catedral con un sentido ecuménico, ya que participaron varios miembros de comunidades cristianas no católicas. Y esta Iglesia, solidaria con los obispos y con el pueblo de Nicaragua, reitera su apoyo a la jerarquía nicaragüense y así, como el Papa decía, respetaremos la autonomía de las Iglesias particulares. No podemos dar criterios a los pastores que viven de cerca sus problemas, solamente apoyamos lo que monseñor Obando y los obispos y demás responsables de la Iglesia en Nicaragua decidan, buscando soluciones pacíficas; y como ellos, deseamos que se respete la voluntad de la mayoría del pueblo, que se invite a un diálogo con todas las partes, que se creen condiciones favorables de diálogo y que así se logre poner, en el gobierno de Nicaragua, la voluntad del pueblo, que este es el sentido de una auténtica democracia.

Es la Iglesia de nuestra arquidiócesis que, continuando esa oración por Nicaragua, estará también esta tarde a las 5:00 en la capilla del Hospital de la Divina Providencia en una hora de oración, al cual invitamos a orar por las necesidades de nuestra Iglesia y, especialmente, de Nicaragua. Y es también la diócesis que, con su mano tendida en todas las parroquias, está pidiendo una ayuda económica para nuestros hermanos necesitados de Nicaragua.

Y es, finalmente, entre otras cosas, la Iglesia de nuestra arquidiócesis, en vísperas ya, mejor dicho, comenzando ya desde este día el mes del santo rosario. Y recogemos uno de los testimonios más lindos de Juan Pablo: su amor de niño para con la Virgen. Y decimos amor de niño, porque también quiere la diócesis unirse al día universal del niño, este día, no con una falsedad de homenaje, sino con la frase evangélica que es el mejor elogio a los niños: "Si no os hiciereis como los niños, no entrareis en el reino de los cielos". En su breve pontificado, Juan Pablo nos deja, en el álbum de sus fotografías, varias en contacto cariñoso con los niños; y más que fotografías, su espíritu de niño que comprendía en la niñez la confianza que el niño tiene en su madre, para trasladarlo de allí a la confianza que el pueblo debe tener en su Dios, que nos ama más que madre y que el pueblo tiene más necesidad que de niño frente a su mamá.

En el discurso de toma de posesión de la Iglesia, el Papa decía que la Virgen, así como lo había acompañado en su niñez, en su seminario, en su sacerdocio, en su episcopado, lo seguiría acompañando como madre y él seguiría siendo su niño en el pontificado², que lamentablemente, pues, fue tan breve, pero que nos deja también esta voz para decirles, al comenzar el mes de la Virgen del Rosario: confiemos en ella, recemos mucho, hermanos; y donde el rosario se ha caído ya de las manos, víctima de una corriente secularista, recuerden que por más poderosa que sea la corriente de secularización del mundo, el mundo siempre tendrá necesidad de oración y de María; y que cuanto más autónomo se torna el mundo frente a Dios, los que creen en Dios sienten más obligación de amarrar ese mundo con Dios; y

² Cf. Homilía de Juan Pablo I en la misa de inauguración oficial de su pontificado (3 de septiembre de 1978), *L'Osservatore Romano*, 10 de septiembre de 1978.

ninguna cadena más hermosa para amarrarlo con Dios que la cadena del santo rosario.

Por eso les digo, hermanos, esta es la Iglesia, la que ha realizado estos pequeños acontecimientos, al cual pueden sumarse tantos otros acontecimientos parroquiales o de las familias de nuestra diócesis. Y al iluminar esta Iglesia peregrina de la arquidiócesis, esta Iglesia enlutada en todo el mundo por la muerte del Papa, preguntamos: ¿qué Iglesia es? Y yo les respondo ahora con el título de mi homilía: es la Iglesia de Juan Pablo, porque es la Iglesia de Juan, el bautista y la Iglesia de Pablo, el apóstol.

Si en nuestro tiempo, en que parece que los hombres ya no piensan en apóstoles ni en precursores, surgen figuras que quieren llamarse Juan, como el inolvidable Juan XXIII y el inolvidable Juan Pablo; y surgen figuras inteligentes —mucho más inteligentes que ciertos criticones de la Iglesia—, como el cerebro de Pablo VI; Juan Bautista Montini quiere llamarse Pablo para presagiar, hace quince años, la intrepidez con que ese hombre, a pesar de su debilidad, de sus enfermedades y sus achaques, remontó la Iglesia a las alturas de una asamblea de las Naciones Unidas, de unos caminos por el mundo entero, como San Pablo.

Juan y Pablo ¿por qué se quisieron llamar así? ¿Y por qué el querido Papa muerto, quiso juntar los dos nombres en su persona: Juan Pablo? Yo encuentro, en las lecturas de hoy —perdónenme la ocurrencia—, que por algo nos pone el Señor esas lecturas que acaban de escuchar, para que recojamos el espíritu con que Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo han ido predicando, no una doctrina suya ni una doctrina que se deje manipular por los intereses del mundo, sino una doctrina, la auténtica doctrina que Dios reveló al precursor Juan Bautista y hoy Cristo nos lo ha dicho: “Vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia”. ¡Qué palabra más oportuna! Como que es Cristo mismo el que nos dice, señalando el cadáver de Juan Pablo, recordando la palabra del Bautista: “Vino Juan a vosotros, enseñándoos el camino de la justicia”.

Y la segunda lectura, es Pablo que nos ofrece en sus lecturas de hoy dos características inconfundibles de la Iglesia que predicaron los papas que se llamaron Juan y Pablo en nuestros tiempos; y —como Pablo— Juan Pablo, Pablo VI, Juan XXIII y todos los pontífices han predicado esta Iglesia: primero, de la comunión. “Manteneos unánimes”, dice la epístola. Parece la

Mt 21, 32

Flp 2, 2

Fp 2, 2 voz de Juan Pablo, que nos repitió tantas veces el llamamiento al amor en su breve pontificado: "Manteneos unánimes y concordes con un mismo amor y un mismo sentir". Es la Iglesia de la comunión. Y, finalmente, es la Iglesia vivificada por el misterio de Cristo, que Pablo, en la última parte de su lectura de hoy, nos describe con los rasgos más sublimes que se encuentran en la Biblia: la preexistencia de Cristo. El Cristo que se humilla hasta la cruz y el Cristo que se exalta hasta la eternidad: ese es el Cristo que va con la Iglesia.

La Iglesia de Juan Pablo es la Iglesia de Juan el Bautista

Analicemos, hermanos, brevemente, en cuanto sea posible, la riqueza de esta doctrina que nos está ofreciendo la Iglesia de Juan Pablo, la herencia preciada que recogemos de sus manos todavía calientes por la vida y la muerte.

¿Cuál es la Iglesia de Juan? En la primera lectura de hoy y en la parábola de los dos hijos, aparece una cosa: la responsabilidad personal de los hombres, la voluntad de Dios frente a los hombres. Le dice a sus dos hijos, es decir, a la humanidad: "Hoy quiero que vayas a trabajar a mi viña, hoy quiero darte la vida con una vocación". Todos los que estamos haciendo esta reflexión tenemos una vocación; desde luego, la vocación de vivir, la vocación de la inteligencia, las cualidades, las profesiones. Y aquí nos manda el Señor. Su voluntad es inspirada en su justicia. Vino Juan a enseñarnos la justicia de Dios y los mandatos del Señor. El Papa Juan Pablo, que era un gran catequista, salpicaba con enseñanzas catequísticas sus audiencias más solemnes y les habló, como habla todo catequista, de la ley de Dios para ser bueno: "Esta es la voluntad de Dios, esta es la misión de los hombres".

Y frente a ese Dios que nos manda, el hombre puede responder de dos maneras, como la parábola nos indica: "No quiero ir", es el grito de Luzbel. *Non serviam*, "no te quiero servir", es el grito de los pecadores, es el grito de la rebeldía, es la mayoría, desgraciadamente, de los hombres, que creen que la libertad se ha dado para rechazar a Dios y no para buscar a Dios libremente. ¡Cuántos hijos malcriados tiene Dios! "No quiero". Como el niño que zapatea ante su mamá, así estamos ante Dios muchas veces: "¡No quiero!".

Fp 2, 6-11

Mt 21, 28

Mt 21, 32

Mt 21, 29

El otro, amanerado y educado, le dice: “Sí, con mucho gusto voy a ir”, pero no fue. El primero se arrepiente y le dice al padre: “Voy a ir”; o, sin decirle nada, se va al trabajo y hace la voluntad de su padre. Cristo pregunta: “¿Quién de los dos hizo la voluntad de su Padre?”. Y todos ustedes y yo le podíamos responder como le respondieron sus oyentes: “El primero, el que primero dijo que no, pero fue; y no el otro, muy educado, pero desobediente”.

Mt 21, 30

Cristo hace la aplicación. ¡Qué dura aplicación! Acuérdense que nos encontramos en la sección del Evangelio de San Mateo, donde Mateo, en reflexión con las primeras comunidades cristianas, nos está presentando el conflicto, la crisis que siempre tiene que haber en la Iglesia entre la voluntad de Dios y el querer de los hombres. Y allí tenía delante Cristo a los dirigentes de Israel: sacerdotes, gobernantes, políticos, profesionales —según su tiempo— y Cristo, sin tenerles miedo, les dice una cosa bien dura: “Por eso —les dice—, en el camino del reino van delante de ustedes, dirigentes del pueblo, van delante de ustedes, los dirigentes: los publicanos y las prostitutas”. Créanme, hermanos, que me da mucho gusto recordar esta palabra de Cristo para decirles a todos los pecadores —yo el primero— que confiemos en el Señor, que si hemos tenido la audacia de decirle “no te quiero servir” y hemos buscado por los caminos del placer prohibido o de la ganancia ilícita —como era la de los publicanos y la de las rameras—, Cristo nos dice que podemos ir delante de los que se creen que van camino del reino de los cielos. ¡Quién sabe quién obedeció!

Mt 21, 31

Así dice Cristo: “Vino Juan predicando penitencia, diciéndole a los pecadores: ‘Conviértanse’; y muchas prostitutas y muchos publicanos creyeron en Juan. Ustedes los dirigentes no lo han creído, más bien lo calumnian. Vino Juan a predicar la justicia y ustedes lo llamaron endemoniado”. Si hubiere existido el término comunista, le hubieran dicho: “Es un comunista”. Todo aquel que predica la justicia, cuando encuentra la roca dura del que no quiere convertirse y orientar por los caminos de la justicia sus relaciones con los demás, tiene que tildar a Juan Bautista y a todos los que tratan de imitarlo, con esos calificativos. No le creyeron. Cristo lo dice: “Vino Juan y no le creyeron”; pero, en cambio, los pecadores escucharon como una palabra de esperanza: “Dios nos puede perdonar”.

Mt 21, 32

A propósito, ya que estamos dedicando el pensamiento a Juan Pablo, uno de los episodios que a mí me han conmovido

mucho, entre los muchos de su breve pontificado: dicen que se acercó una mujer a su trono pontificio en la audiencia general para decirle: "Santo Padre, me siento tan vacía, pecadora, ¿me salvará, me perdonará el Señor?". Y que el Papa le dijo: "¿Cuántos años tienes?". Le dijo ella: "Tengo treinta años". Le dijo: "¿Por qué te afliges? Eres joven. Tienes por delante unos cuarenta años más o menos. ¿Por qué no aprovechas tu vida para arrepentirte y caminar por el buen camino?". Y sobre el camino de aquella prostituta se hizo la luz que Juan Bautista encendió. Es la luz que la Iglesia va encendiendo, y ojalá, hermanos, yo no me avergüenzo de que mi palabra humilde tuviera el inmenso honor de ser un rayito de luz y de esperanza, llegando tal vez a los burdeles, llegando tal vez a las cuevas de los criminales, llegando tal vez a las tabernas de los viciosos. Sé que me escuchan en muchas partes. Ojalá la palabra de Cristo llegue hoy a quien más la necesita: los publicanos y las prostitutas van delante en el reino de Dios, cuando escuchan a Juan que vino a predicar el arrepentimiento y la justicia; y no ustedes, embusteros y orgullosos, que solamente tienen para criticar y distorsionar la palabra del Evangelio. Quiera el Señor que no sea demasiado tarde cuando se arrepientan de sus equivocaciones.

El otro día, alguien dijo que yo había pedido aplausos en la catedral por la muerte del decano de la universidad. ¿Cuándo lo he hecho eso? He andado por muchas comunidades, como les he dicho, y me cuentan por todas partes la campaña triste de ORDEN, de andarle diciendo a los campesinos que no oigan YSAX, que no oigan al obispo porque es comunista, que no lean Orientación, que no lean la Biblia, que se inscriban en ORDEN que así sí van a ser salvos. Y hay cristianos valientes que le han respondido: "Preferimos morir. Y de todos modos no vamos a morir. Pero sabemos que el obispo es nuestro pastor y nos va conduciendo por el camino del Evangelio". A cuántos que han dicho barbaridades, locuras que dicen que yo he dicho, les preguntan: —"¿Y tú lo has oído?". —"No, pero dicen". Esa es la estupidez más grande, criticar sin poner en el banquillo de la justicia al que se va a juzgar. Vino Juan Bautista predicando el camino de la justicia de Dios y no le creyeron.

Y la primera lectura de hoy ratifica este pensamiento de la parábola. Son los tiempos en que Israel, donde le tocó vivir al profeta Ezequiel, veía el castigo del destierro como un castigo

de Dios y creían que sus padres eran los pecadores y que ellos estaban pagando el pecado de sus padres. Y el profeta Ezequiel es de los profetas que se han destacado para señalar la responsabilidad personal del que peca. Recuérdense cuando a Cristo los apóstoles le preguntaron por un cieguito: “¿Quién ha pecado, él o sus padres?”. Y Cristo dice: “No ha pecado ni él ni sus padres, sino que esto sucede para gloria de Dios”. Pero aun cuando hay pecado, dice el profeta Ezequiel, cada uno es responsable ante Dios de su propia conciencia.

Jn 9, 2-3

No olvidemos esto, hermanos. Es cierto que los obispos en Medellín dijeron que existe un pecado estructural, un pecado comunitario, social, es lo que llamamos el ambiente; pero a pesar del ambiente, a pesar de las estructuras de pecado, Dios no pedirá cuenta a las estructuras, pedirá cuenta a cada hombre y mujer que vive en las estructuras. El juicio de Dios, dice el profeta Ezequiel, será según su proceder. Si un malo se ha convertido y ya realiza el derecho y la justicia, vivirá; Dios lo salva porque se ha convertido. Y si un bueno, por más santo que sea, se pervierte y hace las obras de los malos, por sus obras se perderá, morirá. “Andan diciendo —dice el profeta— esto no es justo; y Dios dice: ‘¿No son ustedes los injustos?’”. Dios es justo cuando da a cada uno según sus obras.

M 2, 1

Hermanos, cada uno es responsable de su propio destino. Hay mucha gente que cree en un destino ciego, como que lo va empujando una fuerza y no puede dejar de ser malo. Esto es malo creerlo; sería decirle a Dios: “No me has hecho libre”. La última palabra siempre la tiene el hombre, para ser bueno o para ser malo; y el infierno o el cielo no lo da Dios, se lo da cada uno como quiere. Quieres ser malo y perseverar en el mal y morir en tus injusticias: morirás —palabra con que se dice: te condenarás—. Te encuentras en los caminos de la maldad. Publicanos y prostitutas son mencionados hoy, y podíamos añadir muchas clases de pecados, hasta aquellos que son responsables de las estructuras de pecado. Los que abusan del poder en el gobierno están en caminos de pecado. Los que abusan del poder económico están en camino de pecado. Y si no se convierten y buscan el camino de la justicia, no vivirán, por su propia responsabilidad.

Ez 18, 27

A la luz de este principio de la moral auténtica de Dios, qué divertido resulta estar esperando qué va a hacer el Papa para saber si está de acuerdo connmigo o está en desacuerdo connmigo.

Ez 18, 26

Ez 18, 25

Ez 18, 30

Frente a Juan Pablo, no tuvieron tiempo de catalogarlo a qué lado está porque no les convenía. Y unos esperaban que apoyara sus líneas y otros esperan que apoye otra línea, como si la moral de cada uno no dependiera de cada uno y no del Papa. Ciertamente que el Papa es el maestro que ilumina, pero el seguir esa iluminación es problema de cada uno. No era necesario esperar que Juan Pablo dijera que el capitalismo egoísta y materialista es malo, para decir: "El Papa está con los comunistas". Bien se dijo —cuando el Papa anunció: "No se puede colaborar con el comunismo"—: "Ah, ya ven, pues; el Papa está con los capitalistas". ¡Qué fácil es interpretar cuando se tiene una intención, un prejuicio!

Existe una conciencia en el hombre y el Papa es el maestro que en nombre de Dios ilumina; pero qué ciegos son los hombres cuando están apasionados. Cuántas veces hemos visto llorar a la esposa buena, porque su esposo está enamorado de una adúltera, está apasionado y es difícil que crea la voz de Dios que lo llama: eso es ilícito. Fue el caso de Juan Bautista frente a Herodes. Estaba apasionado de la mujer de su propio hermano y, cuando Juan Bautista le dice: "No es lícito eso", lo mandan a matar, le quitaron la cabeza. Es el destino de los profetas. Porque tienen que señalar las llagas más dolorosas y ardientes, tienen que correr los riesgos de quienes no quieren oír.

¿Quién será el Papa? ¿Qué línea traerá el Papa? Cualquiera que sea, no puede ser otra que la voz de Juan. Vino Juan a predicar la justicia; y los hombres, cualquiera que sea el Papa, tenemos que buscar los caminos de la justicia, del amor, de la bondad, de la santidad. Por más santo que sea un Papa, el injusto que no se quiso convertir se condenará; el Papa se salvará. Esta es la moral. Esta es la Iglesia de Juan Pablo. Esta es la Iglesia de Juan Bautista. Es la Iglesia de Pablo.

La Iglesia de Juan Pablo es la Iglesia San Pablo

Y Pablo... Mi segundo pensamiento lo tomo de San Pablo: la Iglesia de Juan Pablo es la Iglesia de San Pablo, la Iglesia de la comunión. Y en segunda lectura de hoy, San Pablo nos encarga mantenernos unánimes, nos enseña cuáles son las causas de la desunión, en la epístola de hoy. Bonito examen de conciencia, queridos hermanos, para mirar frente al Papa que trabajó en su breve pontificado por la unidad de la Iglesia, y aun más allá de la

Mt 14, 1-11

Mt 21, 32

Iglesia, por la unidad ecuménica, que ya la vislumbraba él muy sonriente.

Escuchar a San Pablo que nos dice que las causas de la desunión son obrar por envidia, obrar por ostentación, encerrarse en los propios intereses. Allá aparecen en la epístola de hoy y allí tenemos señaladas las causas de los grandes malestares de nuestra sociedad. Si se obra por envidia, no hay nobleza. La envidia es ponerle zancadilla al que puede hacer un bien, alegrarse del mal ajeno. Y hay muchas zancadillas ahora, mucha envidia.

Fp 2, 3

Por ostentación... Queridos hermanos, yo traía ahora, precisamente para recordar aquí la figura de Juan Pablo ante este llamamiento de San Pablo a no querer hacer consistir nuestra fe en la ostentación, el Papa, hablando hace apenas ocho días, al tomar posesión de la Basílica de San Juan de Letrán, dice: "Estos son el verdadero tesoro de la Iglesia: los pobres. Por consiguiente, deben ser asistidos por los que pueden sin ser humillados ni ofendidos con ostentación de riqueza, con dinero mal gastado en cosas fútiles, en lugar de ser invertido cuando sea posible, en empresas mutuamente ventajosas"³. Ven cómo el Papa ratifica que la Iglesia auténtica no puede ser otra que la Iglesia que se preocupa y siente con los pobres. Los pobres, que verdaderamente representan la presencia del Señor: "Todo lo que hagas a uno de ellos, a mí me lo haces".

Mt 25, 40

Y San Pablo, también, en esta Iglesia de la comunión, nos presenta el fundamento de la unidad. ¿Qué es lo que nos daría la unidad a nuestros grandes problemas de división? San Pablo señala la humildad y el buscar los intereses de los demás. ¡Qué certeras estas indicaciones! El hombre orgulloso, el que no quiere ser menos que nadie, el que quiere estar por encima de todos no cabe en ninguna parte, y por eso con él no caben los demás. En cambio, el humilde, el que, como nos dice San Pablo hoy, busca en el servicio de los otros su verdadera felicidad... Este es Juan Pablo: el que escala el puesto más alto de la humanidad, ser Papa, y desde allá recuerda siempre el origen: hijo de un humilde obrero, y llama a todos a la preferencia por la pobreza, por la sencillez; el que no quiere coronarse con la tiara pontificia, el que no quiere usar, más que por necesidad, la silla gestatoria, el

Fp 2, 34

³ Homilía de Juan Pablo I durante la celebración eucarística en San Juan de Letrán (23 de septiembre de 1978), *L'Osservatore Romano*, 1 de octubre de 1978.

hombre sencillo y humilde es el instrumento, es el modelo de los hombres para hoy, para ser artífices de la paz.

El coro de Tejutla, entre las lecciones de hoy, cantaba el cántico precioso de Francisco de Asís: *Laudato sí, Signore*. “Seas alabado, Señor”. Aquel hombre que llamó a todas las criaturas a la alabanza, San Francisco de Asís, porque era pobre.

Cristo, nuestro Señor

Y el fundamento más grandioso está ya en mi último pensamiento, que es este: Cristo, nuestro Señor. San Pablo termina hoy la lectura preciosa invitándonos a tener los mismos sentimientos de Cristo Jesús, y nos describe a Cristo. Y este es el broche de nuestras reflexiones: Cristo. Porque si los Papas modernos han conmovido al mundo por su ejemplo y su sabiduría, es porque han puesto todo su talento a expresar esta gran verdad: Cristo vive en la Iglesia. La Iglesia no es otra cosa más que la prolongación de la misión de Cristo.

Pablo VI, sobre todo, tenía una gracia muy especial para hablar de este empalme entre Cristo y la Iglesia. Y Pablo, en su epístola de hoy, nos dice cuál es el Cristo que va animando esta Iglesia.

Es un Cristo, primero, que preexistía en la eternidad. Tiene naturaleza de Dios. Antes de concebirlo en sus entrañas la Virgen, ya existía. “En el principio del mundo ya existía el Verbo”, dice San Juan, y ese Dios eterno que no tuvo principio ni tendrá fin.

Segundo, se hizo hombre. Y esto es lo que San Pablo llama ya —una palabra griega que me gustaría que se la aprendieran porque expresa la belleza de nuestra fe en Cristo— la *kénosis*. *Kénosis* quiere decir “vaciarse de sí”. Se despojó de su rango de Dios. Como si un soberano dejara trono y manto y todo, y se vistiera de harapos campesinos para ir a estar entre campesinos sin molestar con su presencia de rey. Cristo se viste de humanidad y aparece “como un hombre cualquiera”. Si aquí en la catedral, entre los hombres que tienen la bondad de estarme escuchado, estuviera Cristo, yo no lo descubriera. ¡Y saber que era el Hijo de Dios vestido de hombre! Y más todavía. No le bastó parecerse a los hombres, sino que se humilló hasta la figura de un esclavo, para morir como los esclavos, crucificado

Fp 2, 5

Jn 1, 1

Fp 2, 7

Fp 2, 8

en una cruz, como un bandido, como el deshecho de Israel que había que crucificarlo fuera de la ciudad, como basura. Esto es Cristo, el Dios que se humilla hasta esta *kénosis*, a este vacío profundo de Él.

Pero por eso, dice San Pablo —terminando la estrofa de este bello himno—, por eso Dios lo glorificó y lo elevó hasta las alturas más elevadas, para que en su honor se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese: “¡Cristo es el Señor!”.

Flp 2, 9-10

Queridos hermanos, esta es la gloria de la Iglesia: llevar en sus entrañas toda la *kénosis* de Cristo, y por eso tiene que ser humilde y pobre. Y una Iglesia altanera, una Iglesia apoyada en los poderes de la tierra, una Iglesia sin *kénosis*, una Iglesia llena de orgullo, una Iglesia autosuficiente no es la Iglesia de la *kénosis* de San Pablo, no es la Iglesia de Juan Pablo, no es la Iglesia de los Papas auténticos. La Iglesia verdadera es la que con Juan Pablo puede decir, en su discurso de inauguración, que se siente como Pedro cuando comenzó a caminar sobre las aguas, se tambalea de miedo hasta que Cristo le dice: “Hombre de poca fe ¿por qué temes?”.

Mt 14, 31

Esta es la fuerza de la Iglesia, no la fuerza del hombre. Como un mendigo, hace apenas un mes, el Papa en la ceremonia de su instalación como pontífice en la plaza de San Pedro —ustedes lo vieron por televisión— parecía un mendigo pidiéndole a cada cardenal la bondad de su amistad, de su colaboración, de su ayuda: porque jamás nos imaginamos subir a estas alturas, ayúdenme. Esta es la humildad, esta es la *kénosis* de la Iglesia: el sentir que ese Cristo humilde y pobre, vacío de la grandeza de Dios, va con esta Iglesia que tiene que ir marcada de esa *kénosis* divina.

Pero al mismo tiempo, su gran esperanza en la glorificación: Iglesia de la pascua, Iglesia de la resurrección, Iglesia que no tendrá fin porque Dios la ha hecho esposa de aquel “Nombre que está sobre todo nombre”. Y a Él vamos a honrar en nuestra eucaristía de hoy. Pero queremos llevar también a nuestra eucaristía la voz angustiada de nuestra patria. Esta Iglesia de la *kénosis* y de la glorificación, esta Iglesia de la comunión y de la conversión, esta Iglesia de San Juan Bautista y de San Pablo de Tarso, esta Iglesia que se hace moderna en Pablo VI, en Juan XXIII y en Juan Pablo, esta Iglesia es la que quiere vivir aquí, en la ar-

Flp 2, 9

quidiócesis, y desde su propia identidad, ella quiere vivir también los conflictos de nuestra propia historia.

Hechos de la semana

Y así tenemos, hermanos, que hemos vivido la confianza de estudiantes, de familias afligidas que se han acercado para denunciar y aclarar las verdaderas causas y hechos que han llevado al cierre a nuestra universidad.

Los estudiantes han declarado sus intenciones, su descontento por la reprobación en matemáticas tercera, masivamente. Se quejan también de la brutal —dicen— represión desatada por la policía universitaria que se encuentra bajo el control del Estado Mayor de la Fuerza Armada y quieren también lamentar el desaparecimiento de Guillermo Iraheta y la muerte del estudiante José Armando Vega García, provocada por un balazo en la espalda que lo mantuvo durante una semana en el Seguro Social; la muerte, también, del decano de economía, doctor Carlos Rodríguez. Son el saldo triste, lo mismo que un grupo de prisioneros en la cárcel de la policía de la universidad. ¡Que términos más contradictorios! ¿Qué dicen los abogados? ¿Qué dicen los colegios de profesionales ante esta humillación del *alma mater*? Sobre todo cuando este sarcasmo de policía y cárcel, y prisioneros y desaparecidos, y matados en el centro más alto de cultura de El Salvador lamenta la mentira evidente de la tropa de seguridad ante el hecho de Guillermo Atilio Iraheta Valle, empleado desde hace once años en ANDA⁴. Su esposa con sus seis hijos han visto la forma bárbara en que lo golpearon. La Cruz Roja es testigo de que no la dejaron entrar a administrar a aquel golpeado. ¿Qué hace ANDA con sus empleados, aun cuando su presidente es un coronel?

También lamentamos, en este ambiente, el secuestro del mayor y doctor Alfonso Castro Sam. ¿Qué motivos hubo?

⁴ Guillermo Atilio Iraheta Valle era empleado de ANDA y encargado de la bomba de agua situada frente a uno de los accesos a la Universidad Nacional. El 18 de septiembre de 1978, después de que dos vigilantes de la universidad fueron asesinados, otros vigilantes capturaron al trabajador de ANDA, lo golpearon, lo introdujeron al recinto universitario y no se volvió a saber de él. La familia de Iraheta Valle lo buscó y reclamó públicamente, pero ninguna autoridad dio cuenta de su paradero. *Cfr. El Diario de Hoy*, 21 y 25 de septiembre de 1978.

Pero sí, quisiéramos pedir que en nombre de la familia del empleado de ANDA, Guillermo Atilio Iraheta Valle, por la aflicción de su esposa, por la orfandad de sus niños, que se atienda al llamado de esta pobre mujer, que ha ido como mendigo de la justicia a la Corte Suprema de Justicia, al Estado Mayor, al director de ANDA, y en todas partes no encuentra más que la voz conformista de la paciencia, como si no estuviera en sus manos resolver estos casos injustos.

También tenemos que lamentar, desde nuestra Iglesia auténtica —y no lo sería si tolerara tantas injusticias—, el secuestro, el lunes, de la joven que resultó baleada cerca del zoológico, a pesar de que estaba apenas recuperándose en el Hospital Rosales. Consta en informativo judicial que la joven estaba custodiada por agentes de la Policía Nacional que se negaron a identificarse, y la familia teme por la suerte de esta pobre joven. Pedimos a la justicia que se evite otro atropello cruel.

Ha habido también capturas, como en Comalapa, de la campesina María Evangelina Galdámez, de diecinueve años, y no se sabe dónde la han llevado. Ha habido represión entre los campesinos de Cinquera y de San Pedro Perulapán. Esa zona ya fue demasiado golpeada, tengamos misericordia. Por lo menos veintitrés campesinos han desaparecido en esa zona; veinticinco asesinados por ORDEN, el ejército y demás cuerpos de seguridad; el último fue el anciano de setenta y tres años, Jesús Villeda, que los miembros de ORDEN lo mataron de nueve machetazos el 27 de septiembre; veintidós están presos por motivos políticos. Sistématicamente se está hostigando, se llega a quemar las casas de los campesinos organizados, se les amenaza con matarlos.

En esa misma línea, tenemos que colocar los cadáveres encontrados en la carretera de Apulo: Mauricio Mendoza Flores, Manuel de Jesús Campos. Eran catequistas que se reunían con otros cristianos, y a esos otros cristianos los tienen ya en la lista y les han dicho que solo que se inscriban en ORDEN pueden ser protegidos. Es la presión injusta.

También, la Iglesia no puede callar ese atropello al derecho de organización de nuestros obreros. El Sindicato de Trabajadores de la CEL denuncia que aún continúan controladas por la Guardia Nacional las plantas de Soyapango, Acajutla, Ahuachapán.

También la FUSS denunció la captura del obrero José Julián Ramírez Barrera; y también, en Industrias Metálicas Prado, se

despidieron seis directivos sindicales, lo cual equivale a decapitar un esfuerzo de organización sindical. No olvidemos, aunque ya días no lo decimos, que más de doscientas familias campesinas, allá por las Minas de San Sebastián, se están muriendo de hambre y no se les da trabajo, no se les resuelve su problema laboral.

La Iglesia tiene que sufrir también con los damnificados del Bambural. También queremos recoger un testimonio muy valioso del presidente del ISTA, refiriéndose a la desproporcionada distribución de la tierra reconoció —sus palabras— que “en El Salvador hay un barril de pólvora con una mecha encendida próxima a estallar”⁵. Yo quiero recordar aquí la comparación de alguien que me dijo: “ISTA también se ha convertido en un león de circo. No tiene colmillos”.

Hermanos, celebremos nuestra eucaristía después de haber reflexionado desde la palabra divina de los profetas, hecha palabra actual en los Papas actuales, hecha mensaje en la misma muerte de Juan Pablo: la Iglesia de la conversión, palabra de esperanza para los pecadores, palabra terrible para los que no se quieren convertir; Iglesia de la comunión, palabra de amor, palabra de brazos abiertos, para fundamentar en el sentir de Cristo nuestros sentires egoístas; y la Iglesia de la *kénosis*, la Iglesia del vacío de sí mismo, la Iglesia de la humildad y la Iglesia de las esperanzas de la gloria en Cristo resucitado. Eso es lo que vamos a celebrar ahora: “Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven, Señor Jesús”.

⁵ *El Diario de Hoy*, 28 de septiembre de 1978.